

# Viva Laura

Por Luis Vargas Saavedra

(Doy por vivido todo lo soñado. Isidora Aguirre. Plaza & Janés Editores, S.A.)

DESDE un comienzo, novela de salvataje. Urge rescatar recuerdos ante el peligro de que el oficio sea fusilado y la vida quede huérfana de arte. De modo que la narradora, por no sucumbir a su presente, se refugia en lo pasado; todo ello tiempo y tiempos, de Chile. Así la obra se relaciona con *La Desesperanza*, de José Donoso, y con *La casa de los espíritus*, de Isabel Allende. Para un lector extranjero no habrá ni el más mínimo aporte de información sobre lo que el presente de Chile haya sido o esté siendo. Se optó por la estrategia del silencio.

Tenemos la narración enfocada hacia los bisabuelos Isolda y John, hacia los padres Laura y Fermín, y hacia hija y yerno: Palmira y Lorenzo. De esas tres parejas, la del medio, la de Laura y Fermín, es la más viva y vital. Eclipsa a las otras. Tanto, que las relega a lo innecesario. Terminada la lectura, sólo Laura parece de verdad, *persona* más allá de mero personaje, criatura que puebla el exigentísimo mundo de la literatura. Isidora Aguirre ha empadronado allí a esa Laura que no es artificiosa como los demás meros figurones.

Lástima que la narradora haya sentido la necesidad de enmarañar la evocación. Porque cada vez que la deja irradiarse sola, sucede el milagro de esa presencia: Laura retratándose en acciones y palabras.

Ignoro hasta qué punto se ciña a lo real; supongo que bajo mucha fantasía haya soportes históricos; el conjunto entrega la ilusión de un cuento de hechos reales —y de cuento aún anfibio entre lo real y lo fantástico. Prima lo vivido sobre lo soñado...

Convence cuando la narración se aloja en lo sensorial de un suceso, menos adornado de fantasía. Por todo ello, en este memorándum es lógico que uno sienta, más que novela, libro de me-

morias: biografía maquillada de novela. Y se echa de menos más biografía y menos disfraz de novela: más Laura y menos monigotes.

Las mujeres que vienen dotadas para escribir recuerdos, sólo en fallándoles lo biográfico, debieran entonces novelarse. Isidora Aguirre se ha delatado como una memorialista que desde ahora adeuda compartirse sin los siete velos de la novelaría.

Aquí hay que soportar personajes que de confusos resbalan a falsos, en tanto que Laura se estatuye, y sin esfuerzo fascina. Tanto más ameno hubiera sido quedarse conociendo a Laura, y que se llevaran los historicismos de la familia Cupper. Tal como lo dice Anatolio: "Parece un partido de fútbol: Freire le pasa la pelota a Blanco. Blanco se la entrega a Eyzaguirre, gol de Infante. Vuelve a tomar la pelota Freire, se la pasa a Pinto... ¡me dejó mareado y no entendí absolutamente nada!".

Lo ingenioso no siempre es cómico y suele ser forzado. Pero en total queda una verba graciosa. No para reírse a cada rato ni a carcajadas: sería utópico pretender el mismo voltaje humorístico página a página, y son doscientas cuarenta. Basta gozarlo en frases que alegran un capítulo entero. Dos ejemplos: "... predijo que si continuaban las marejadas devorándonos la costa, en un futuro no muy lejano tendríamos que caminar de a uno y de perfil, como en los frisos egipcios, entre la cordillera y el mar" "... su bebé, Chumita, heredero del oído absoluto del padre, le había rogado desde la cuna: 'Mamita, ¡pol favol no me cante na, ¿quiere?'".

Tal humor se confabula con una frivolidad estoica, disfrutada como filosofía de vida y de casta. Por ejemplo: "... acostumbrarnos desde ya a una vida sobria. Mi madre, en cambio, opinaba que había que disfrutar mientras se pudiera, para que así, llegado el momento, tomáramos la pobreza como una 'novedad'".

En esta obra, cuyas mejores partes

ISIDORA  
AGUIRRE

## DOY POR VIVIDO TODO LO SOÑADO



se vuelven teatro, pudo haber sido más generosa con todos los diálogos, excepto los líricos entre Palmira y Lorenzo, pues desafinan y estorban; éstos deberían barrerse para esmerar el ambiente. Siendo menos, no logran estar a la altura del mundo que Laura afianza. Problema de proporción. Toda la obra desenrolla una serie de propuestas y anulamientos, planes y fracasos, a medida que el tono de cada personaje se define por contraste con la voz de Laura. Este como darwinismo estético puede ser trama dentro de la trama: sería el conflicto de los personajes por vivificarse en personas.

No conocemos a la narradora que está sobreviviendo, gracias a su madre, y, puesto que aún se esconde, ella resulta un espíritu en eco a la rozagancia de Laura. Último espiritismo, en obra pululada de espíritus: La madre muerta que da vida a la hija que la recuerda. Conjuro del arte, magia egipcia: Los muertos allegados con toda cortesía y cariño.

Dos valencias dotan a Isidora Aguirre: oído psicológico y oído poético. En el fondo, atención a lo ajeno. Captación alerta de lo que, al hablar autorretratan las personas, y sensibilidad de in-

somne para escuchar lo maravilloso. Como adentro de este pasaje: "Quédate quieta y cierra los ojos. Si aguzas el oído podrás percibir los trabajos del tiempo. Y ella aprendió a distinguir el 'ts ts' de las polillas anidando en las telas, el 'tctctc' de esos bichos que Lorenzo llamaba comejenes horadando puertas, y el 'poc' de una teja de arcilla que caía blandamente y se desmigajaba entre los helechos del tercer patio. Y los 'shjj shjj' del empapelado que se superponía sobre el adobe de los muros... y, por último, descubría esas heridas de clavo que escurrían una tierra negra y reseca con un ruido engañoso de brisa marina".

Pero hay todavía más tesoros que oírle al silencio. Seguimos dentro de la hechicería faraónica de no escuchar lo presente, para vivificarnos en el pasado: "Si logras horadar el silencio hasta lo más recóndito —decía Lorenzo—, oírás la trizadura de un vidrio. Hay uno a punto de caer en la galería".

Agazapados en la sombra, aguardaba las señales: "la trizadura ahondándose en un suspiro, la abertura de los labios del vidrio con silbidos apenas audibles y el jolgorio cristalino cuando caía sobre el piso embaldosado"... "Y pudo oír lo que Laura escuchaba en sus remiendos de trasnoche: el paso aterciopelado de los gatos sobre las tejas de arcilla, los crujidos del nispero cuando en la brisa nocturna se le adormecían los pájaros..."

Al lado de esta portentosa audición, todos los recados astrales que las Lamor confabulaban resultan patéticos rasguños al Más Allá.

Paréntesis —"Lamor", es decir las Morla zapallarinas, reciben aquí segundo homenaje o segundo croquis. Ya sea en biografía objetiva o en entrevistas a testigos, urge el retrato total.

Confabulando, a su vez, lo cómico con lo lírico, escuchando en turnos a gente y cosas, Isidora Aguirre sería la Scherezade de Chile, la que a puro cuento demora su plazo.